

seo, pintoresca y alegre, era continuación de la parte manchega de Madrid, desde la Red de San Luis para abajo. Ahora se podría decir que tenía remedos de Montmartre y que todo se mezclaba, Madrid y París u otras ciudades de la dulce Francia.

La vida cosmopolita se asentó en las huertas, entre la Estación y el pueblo y creó esta calle singular que es el Paseo, por entonces plagado de garitos y tascas, como cualquier barrio chino de las grandes ciudades y con una concurrencia tan heterogénea y displicente que parecía encontrarse como los peces en el agua.

Alcázar puso allí, detrás de los mostradores, su espíritu tolerante, su hospitalidad y su necesidad y el foráneo encontró el terreno propicio y cualificado para su arraigo. La promiscuidad mas abigarrada reinaba en el recinto y lo mismo lucían las habilidades del tahir que las rapacerías del granujilla o la marchosería de la chula, en medio del mas honesto vivir de numerosas familias admirables, que nunca perdieron el buen humor ni sintieron la necesidad de ponerle puertas al campo.

La Estación mantenía un auténtico oleaje marino con relación al pueblo, un flujo y reflujo permanentes y la resaca se fue llevando todo lo que la vida había forjado en el curso de los siglos.

Cada tren que llegaba, que antes se estacionaban de verdad, soltaba verdaderas oleadas de vida, sin contar con las permanentes de los treneros. El dinero fácil y fresco a todas horas fue quebrantando nuestra previsión y cambiando los gustos, tornándolos caprichosos y todos quedamos ligados, de un modo o de otro, a la vida del carril y a la paga del día diez.

Alcázar fue cambiando su vida y haciéndola mas superficial pero muchísimo mas grata; no había que guardar porque al acabarse lo del mes llegaba otra vez la paga y hasta se podía mejorar y adelantar las satisfacciones, comiéndose anticipadamente lo que de seguro llegaría. Y nos hicimos gastosos.

Los altos jefes de la Compañía tuvieron aquí un acatamiento general y sus nombres,

Sus, auxiliado por Chabor-dés y Salto en la tracción y Marry y Escalier en el movimiento, Anthaume y Du mail de la celeberrima escuela de París-Feise, Jos Brean jefe de Depósito, Enrique Niehil subjefe, Gustavo Riojan subjefe, a poco a Sevilla; Contra maestres No-ret y Bainoir, eran pronunciados familiarmente entre los pardillos. Ellos se sentían complacidos y las Canteras sabrán cuántas fueron las tortas que alfombraron los caminos de sus casas. Todo iba a gusto y el negocio marchaba.

D.^a Alejandrina, devota y protegida de Mercurio, regía el Buffet, al que iba todo el mundo, sin que el ruido de la botillería le impidiera oír el tintineo de los chorros de oro de las grandes jugadas de D. José Salamanca. Y D.^a Alejandrina metía baza. Hecha por naturaleza a la vida superior de Francia, llevaba un tren que parecía el ama de la Estación, tan incauta como cualquier alcazareño, olvidada de que los tiempos cambian y de que en el juego se gana y se pierde y de que las personas desaparecen y con ellas lo que les rodea.

Nadie en Alcázar se hubiera atrevido antes a realizar esos gastos, ni siquiera los que se decía que tenían dos o tres millones de reales, cuya conservación dependía de su austeridad, pero en ella el equilibrio dependía de la carrera, como en los ciclistas, la acometividad y la audacia eran sus elementos y su peligro,